

## LA VIRTUD DE LA JUSTICIA

«La caridad es el alma de la justicia»

Todos los días, en el oficio de la laudes, la Iglesia alaba a Dios con el cántico del Benedictus por el don de la salvación. Zacarías, el padre de Juan Bautista, proclamó «lleno del Espíritu Santo»:

«Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo; suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo, según lo había predicho desde antiguo por boca de sus santos profetas. Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos y de la mano de todos los que realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres, recordando su santa alianza y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán para concedernos que, libres de temor, arrancados de la mano de los enemigos, le sirvamos con santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días. (Lc 1, 67-79)

Y concluye el canto inspirado por el Espíritu Santo con esta Buena Nueva: «Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz».

Salvación, liberación santidad, justicia, paz, he aquí palabras claves, que, consciente y, a veces rutinariamente, animan nuestra alabanza matinal. Palabras que, en una sociedad del bienestar, un tanto angustiada por la pandemia, la violencia de las armas, la injusticia y la iniquidad de unos y otros, nos estimulan a ser justos y a discernir cómo trabajamos «en santidad y justicia», para avanzar por el camino de la paz, para contribuir a un mundo en paz. «Si quieres la paz trabaja por la justicia». (Pablo VI. Mensaje para la celebración de la V jornada de la paz, 1 de enero de 1972)

En esta breve meditación, como es fácil de comprender, es imposible abordar las riquezas de la virtud de la justicia. La persona cultiva su vocación y misión en el mundo a través de su relación con lo creado, los otros y con el Señor de cielo y tierra. El que está animado por la virtud de la justicia trata al «prójimo» con respeto, esto es, tomándolo en serio, de acuerdo con lo que es y está llamado a ser. Y como la persona no existe fuera del «nosotros», es evidente que la virtud de la justicia afecta a la comunidad y los pueblos. Lo que el otro es y está llamado a ser no se halla determinado sólo desde el exterior, esto es, por su lugar en la sociedad y el papel en ella que juega, sino por Aquel que lo convoca a la existencia. Para nosotros, los cristianos esto es muy importante, si queremos servir en santidad y justicia a lo largo de nuestros días.

En la perspectiva bíblica, la virtud de la justicia nos reenvía, en última instancia, a examinar cómo servimos al Señor, fuente de la vida, sirviendo el devenir de la humanidad, para que todos juntos, en armonía y paz verdaderas, avancemos en la historia de acuerdo con el designio salvador de Dios. El hombre creado a imagen y semejanza de Dios, no es un mero ciudadano, de derechos y obligaciones. Es una persona llamada a realizarse en la comunión y el diálogo. Por ello la justicia a la que me voy a referir en esta meditación, tiene su alma en la caridad, en el amor divino. Dios insufló su vida en el hombre, modelado del polvo de la tierra, para que fuera un ser viviente. Dios crea y vivifica, salva y justifica. Justo es el que se pone de manera incondicional al servicio del designio divino. Veamos esto en un breve recorrido por la biblia, para luego sacar algunas consecuencias.

## I.- LA JUSTICIA DEL JUSTO A LA LUZ DEL ANTIGUO TESTAMENTO

El Génesis presenta la figura de Noé como «el hombre justo e íntegro». Dios, en atención a Noé, salvó a la humanidad de su destrucción total y estableció su **alianza cósmica**. «El Señor dijo a Noé: Entra en el arca con toda tu familia, pues tú eres el único justo que he encontrado en tu generación». (Gen 7, 1) El autor sagrado afirma: «Noé era un hombre justo e íntegro entre sus contemporáneos. Noé siguió los caminos de Dios». (Gen 6, 9). Por ello «obtuvo el favor del Señor». (6, 8) *Seguir los caminos del Señor hacen al hombre justo*. La virtud de la justicia nos capacita para seguir los caminos del Señor.

Refiriéndose a la historia de Abrahán, el autor sagrado liga la justicia a la fe. «Abrán creyó y se le contó como justicia». (Gen 15, 6) *Fiarse de la promesa de Dios es justicia y hace justo*, ya que la fe conlleva reconocer el poder y la fidelidad de Dios. Lo imposible para el hombre es posible para Dios. Y Dios estableció la **alianza de la promesa**. Se comprometió, incluso, con juramento a cumplir la palabra dada. La fidelidad y la justicia son una en Dios.

El libro del Éxodo pone en boca del Faraón esta confesión sobre el Dios justo, tras las plagas ante su negativa de dejar en libertad a Israel, el primogénito del Señor, como este lo había mandado: «El Señor es justo, mientras yo y mi pueblo somos culpables» (Ex 9, 27). La justicia está en acoger el designio de Dios, su voluntad, y actuar en consecuencia.

El libro del Deuteronomio liga el cumplimiento de las promesas de Dios a la búsqueda y práctica de la justicia por el pueblo elegido, con el que Dios establece la **alianza del Sinaí**.

Nombrarás jueces y magistrados por tribus, en todas las ciudades que el Señor, tu Dios, te dé, que juzguen al pueblo con la debida justicia. No violarás el derecho, no harás acepción de personas ni aceptarás soborno, porque el soborno ciega los ojos de los sabios y trastorna las palabras de los justos. Persigue solo la justicia, para que vivas y tomes posesión de la tierra que te va a dar el Señor, tu Dios. (Dt 16, 18-20)

El Deuteronomio afirma de forma significativa: Dios «es la Roca, sus obras son perfectas, sus caminos son justos, es un Dios fiel, sin maldad; es justo y recto». (Dt 32, 4) Los libros, llamados históricos van a insistir en esta perspectiva, «¡Justo es el Señor!» (2Cro 12, 6) «Has cumplido tu palabra, porque eres justo». «Has sido justo» (Neh 9, 8. 33) «Eres justo, Señor, y justas son tus obras; siempre actúas con misericordia y fidelidad, tú eres el juez del universo». (Tob 3, 2) Dios es el justo juez. «Es el único justo». (2Mac 1, 24-25). «El juez justo» (12, 6.41) Toda la literatura sapiencial, como sabemos y no es necesario detenernos en esta meditación, insiste en esta perspectiva.

La justicia, en los profetas de la alianza, se mueve en la misma dirección. Israel es justo en la medida que vive de acuerdo con las cláusulas de la alianza de Dios. Baste sobrevolar el libro de Isaías. «El Señor es un Dios de la justicia: dichosos los que esperan en él». (Is 30, 18) Él fundamenta a Israel y pone «el derecho como plomada, la justicia como nivel». (Is 28, 17) «Él es quien «colma a Sión con derecho y con justicia». (33, 5) El Mesías juzgará a los pobres con justicia y lealtad (cf. Is 11, 1ss). El Siervo manifestará la justicia a las naciones» y la implantará en Israel (Is 42, 1ss) «El que procede con justicia y habla con rectitud, y rehúsa el lucro de la opresión... ese habitará en lo alto». (33, 15-16) El Señor es quien enseña la justicia, pero no siempre se quiere aprender (cf. 26, 9-10) Los juicios del Señor rebosan justicia y derecho, frente a los que niegan justicia al inocente. Dios «esperaba justicia» de su viña y cosecha lamentos (cf. 5, 1-7). «¡Cómo se ha prostituido la villa fiel: estaba llena de rectitud; la justicia moraba en ella, y ahora moran los asesinos!... Sión será

rescatada por el juicio, sus habitantes por la justicia». (1, 21-28) Los sacrificios y oraciones no tienen valor a los ojos del Dios de la alianza, si no fructifican en la justicia.

Buscad la justicia, socorred al oprimido, protegéd el derecho del huérfano, defended a la viuda. Venid entonces, y discutiremos —dice el Señor—. Aunque vuestros pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve; aunque sean rojos como la púrpura, quedarán como lana. Si sabéis obedecer, comeréis de los frutos de la tierra; si rehusáis y os rebeláis, os devorará la espada —ha hablado la boca del Señor—. (Is 1, 10-20)

La oración del salmista tiene su fundamento primordial en el Dios fiel y justo. El Señor protege el camino de los justos (1), bendice el camino del justo (5). Escucha la oración del justo (7). Dios es el juez justo (9). El Señor es justo (11). Dios está con los justos (14). Los mandatos de Dios son justos (19). Él traza el sendero justo (23). El **Dios justo salva al justo** (37). El justo se alegra con el Señor (64). El justo crecerá como una palmera (92). Y así podríamos recorrer el conjunto de los salmos, pues el pueblo de la alianza fundamenta su oración en la justicia del Dios justo.

Pero conviene notar que Dios, siempre fiel y justo, tiene sus tiempos y caminos, para llevar adelante sus designios. Por ello el libro de Job, se inicia con estas palabras: «Había en la tierra de Hus un hombre llamado Job. Era justo, honrado y temeroso de Dios y vivía apartado del mal» (1, 1). Luego, por dos veces habla Dios diciendo: «¿Te has fijado en mi siervo Job? En la tierra no hay otro como él: es un hombre justo y honrado que teme a Dios y vive apartado del mal» (1,8; 2, 3).

Al hablar de la justicia, no olvidemos la libertad de Dios y de la persona humana. Dios es justo, pero no está sometido a seguir los caminos trillados de la justicia humana. Es muy importante recordar la parábola los llamados a trabajar en la viña del Señor. Ante la protesta de los que habían trabajado más tiempo, el dueño replica: «Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener envidia porque yo soy bueno?». Y concluye el evangelista: «Así, los últimos serán primeros y los primeros últimos». (Mt 20, 1-16)

La justicia del hombre justo a la luz del Antiguo Testamento comporta, en última instancia, vivir de acuerdo con la alianza, expresión de la iniciativa y fidelidad de Dios que no pudo hacer más por su viña, a fin que diera «frutos de justicia», pero dio agrazones, frutos amargos como violencia y opresión de pobres, viudas, huérfanos, emigrantes, indefensos y vulnerables.

Voy a cantar a mi amigo el canto de mi amado por su viña. Mi amigo tenía una viña en un fértil collado. La entrecavó, quitó las piedras y plantó buenas cepas; construyó en medio una torre y cavó un lagar. Esperaba que diese uvas, pero dio agrazones. Ahora, habitantes de Jerusalén, hombres de Judá, por favor, sed jueces entre mí y mi viña. ¿Qué más podía hacer yo por mi viña que no hubiera hecho? ¿Por qué, cuando yo esperaba que diera uvas, dio agrazones? Pues os hago saber lo que haré con mi viña: quitar su valla y que sirva de leña, derruir su tapia y que sea pisoteada. La convertiré en un erial: no la podarán ni la escardarán, allí crecerán zarzas y cardos, prohibiré a las nubes que lluevan sobre ella. La viña del Señor del universo es la casa de Israel y los hombres de Judá su plantel preferido. Esperaba de ellos derecho, y ahí tenéis: sangre derramada; esperaba justicia, y ahí tenéis: lamentos. (Is 5, 1-7)

Dios es justo, pues se acordó de su alianza y sale, una y otra vez en busca del pueblo infiel, para reunirlos en verdad, libertad y comunión como enseña la liberación de Egipto y la historia del Exilio (cf. Ez 34, 1-31). El Dios de la alianza es la fuente de la justicia. Por amor se apejó Dios al pueblo y así su justicia es la realización de un amor sin vuelta atrás.

## **II.- LA VIRTUD DE LA JUSTICIA EN JESUCRISTO**

Los llamados a ser discípulos de Jesucristo debemos tener muy presente que Cristo es nuestra justicia, que en él se ha revelado la justicia de Dios. Él ha venido para llevar a cabo toda justicia. Él es el verdadero justo. En él es creado el hombre nuevo. El apóstol escribía a los efesios:

Despojaos del hombre viejo y de su anterior modo de vida, corrompido por sus apetencias seductoras; renovaos en la mente y en el espíritu y revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas. (Ef 4, 22-24)

### **1.- JESÚS ES EL VERDADERO JUSTO Y SANTO**

Como acabamos de ver, Dios es justo y su palabra creadora y salvadora es fuente de justicia, de tal forma que recrea un pueblo justo en la historia. Justo es el que lleva a cabo el designio de Dios, el que hace justicia a los pobres. Y esto se ha realizado en Jesús, el Mesías ungido por el Espíritu para hacer justicia a los pobres, restablecer la paz, y ofrecer a todos el verdadero conocimiento de Dios (cf. Is 11, 1-9). Para la contemplación podemos fijar nuestra mirada en el inicio de la vida pública de Jesús y en su consumación en la cruz.

Jesús avanza en la caravana de los pecadores, para ser bautizado por Juan el Bautista. Este se resiste a bautizarlo. Lo hace con buen criterio, de acuerdo con la razón religiosa. Y un diálogo se establece entre ellos:

Por entonces viene Jesús desde Galilea al Jordán y se presenta a Juan para que lo bautice. Pero Juan intentaba disuadirlo diciéndole: «Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?». Jesús le contestó: «Déjalo ahora. Conviene que así cumplamos toda justicia». Entonces Juan se lo permitió. Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrieron los cielos y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco». (Mt 3, 13-17)

La respuesta de Jesús al Bautista nos muestra que la justicia va más allá del cumplimiento de la Ley<sup>1</sup>. El Bautista no había comprendido todavía que Jesús debía cargar con el pecado del mundo, como el verdadero siervo de Dios, anunciado por el profeta, más allá de toda ley religiosa o humana. Jesús lleva adelante la justicia de Dios como Hijo y con la fuerza del Espíritu Santo. El justo es, por tanto, el que lleva a cabo la justicia del Dios de la alianza, el que se entrega de manera incondicional al designio divino. Él es el verdadero Noé, el verdadero Job, el verdadero Siervo, que carga con el pecado del mundo, el verdadero Cordero que quita el pecado del mundo. Él es nuestra justicia (cf. 1Cor 1, 30). Pablo afirma: «Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él». (2Cor 5, 21)

---

<sup>1</sup> La respuesta de Jesús al Bautista me evoca un texto profético de la máxima importancia. «Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores». (Is 53, 11b-12)

Pasemos ahora ver cómo san Lucas presenta la muerte de Jesús en la cruz, como la muerte del verdaderamente justo:

Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». Y, dicho esto, expiró. El centurión, al ver lo ocurrido, daba gloria a Dios, diciendo: «Realmente, este hombre era justo». (Lc 23, 44-47)

Mateo y Marcos insisten en la filiación divina del que ha muerto en la cruz de manera tan extraordinaria:

El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrorizados: «Verdaderamente este era Hijo de Dios». (Mt 27, 54)

El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15, 39)

La fe apostólica, conducida por el Espíritu a la verdad plena, ve en la Pascua de Jesús la fuente de nuestra verdadera justicia. No es el cumplimiento de una ley la que nos hace justos, sino la fe en él; y si llegamos a ser justos, como él es justo, lo somos por gracia. Así debe reconocerlo el verdadero discípulo y apóstol. Escuchemos la fe apostólica.

Y si alguno piensa que puede hacerlo, yo mucho más: circuncidado a los ocho días, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo hijo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, irreprochable. Sin embargo, todo eso que para mí era ganancia, lo consideré pérdida a causa de Cristo. Más aún: todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en él, no con una justicia mía, la de la ley, sino con la que viene de la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios y se apoya en la fe. Todo para conocerlo a él, y la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, con la esperanza de llegar a la resurrección de entre los muertos. (Flp 3, 1-11)

«Si sabéis que él es justo, reconoced que todo el que obra la justicia ha nacido de él... Hijos míos, que nadie os engañe. Quien obra la justicia es justo, como él es justo... En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del Diablo: todo el que no obra la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano». (1Jn 2, 29-3, 10)

Es Dios el que nos justifica y capacita en Jesucristo para vivir la virtud de la justicia propia de los hijos, como imitadores del Padre justo; y esto en lo concreto de la existencia.

## **2.- LA ENSEÑANZA DE JESÚS SOBRE LA JUSTICIA**

Los hijos del reino de Dios están llamados a superar la justicia de los fariseos y de los paganos. En el Sermón del Monte, Jesús da estas pautas a sus discípulos. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados». «Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos». Y luego afirma: «Porque os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos». «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tenéis recompensa de vuestro Padre celestial». Y esto se aplica para la limosna, la oración y el ayuno, esto es su relación con Dios y con los otros, así como con lo creado.

Y más adelante añade: «Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura». Los discípulos del reino de Dios han de vivir como hijos del Padre celestial que hace salir el sol sobre buenos y malos. La justa relación con el prójimo debe ser la expresión del amor misericordioso, discreto, fiel y gratuito del Padre Dios con sus hijos. Una justicia, por tanto, que tiene su fuente en el amor; una justicia que va más allá de los derechos y obligaciones del ciudadano. La virtud cardinal de la justicia, tal como se entendía por la mayor parte de los filósofos griegos, fue pensada para mantener una «cierta paz, armonía y felicidad» en la ciudad, esto es, entre los ciudadanos. No era todavía la justicia que brota del amor. Por ello seguía habiendo ciudadanos de diferentes clases sociales. En la justicia del amor, la libertad para la que nos liberó Cristo, el verdadero justo, nos lleva a hacernos siervos unos de otros por amor (cf. Gal 5, 1ss).

### **3.- LA ORACIÓN DE JESÚS Y LA JUSTICIA**

Para comprender a Jesús, el hombre realmente justo, puede ayudarnos el contemplar su oración. En ella descubría el designio del Padre. En el Espíritu daba gracias al Padre por su beneplácito de revelarse a los pequeños y sencillos, a los discípulos que le había confiado (cf. Lc 10, 21-24).

En la oración, llamada sacerdotal, tan querida por nosotros, Jesús invoca a Dios que lo ha enviado, con estos tres vocativos: «Padre», «Padre santo», «Padre justo» (Jn 17). Vamos a detenernos un momento en la última invocación de Jesús en el momento de pasar de este mundo al Padre, en ella se recapitula su misión en el mundo.

Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer y les daré a conocer tu nombre, para que el amor que me tenías esté en ellos, y yo en ellos». (Jn 17, 25-26)

El Padre justo es el que lo ha enviado al mundo por amor. Los discípulos han reconocido en Jesús a su enviado, que ha venido para liberarlos del pecado. Así es la justicia del amor. Y la finalidad de la misión: que el amor con que el Padre lo ama desde la eternidad esté en nosotros y también él en nosotros. En una palabra, el Dios santo, el Dios justo, nos libera para que, rescatados del poder del pecado, le sirvamos todos los días de nuestra vida «en santidad y justicia». Dios, en Cristo, nos ha recreado para que toda nuestra vida sea expresión de su justicia divina.

En conclusión de esta segunda parte de nuestra meditación, recordemos que la Escritura, como enseña la fe apostólica, es útil para educar en la justicia. «Toda Escritura es inspirada por Dios es también útil, para argüir, para corregir, *para educar en la justicia*, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena». (2Tim 3, 16-17) Timoteo debe huir de las pasiones juveniles y buscar «la justicia, la fe, el amor, la paz junto con los que invocan al Señor con corazón limpio». (2, 22) «Busca la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre». (1Tim 6, 11) La carta a los Efesios plantea la necesidad de una profunda conversión para caminar en la santidad y justicia verdaderas. «Despojaos del hombre viejo y de su anterior modo de vida... renovaos en la mente y en el espíritu y revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas». (Ef 4, 22-24) «Vivid como hijos de la luz, pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz». (Ef 5, 9) «Estad firmes; ceñid la cintura con la verdad y revestid la coraza de la justicia». (6, 14) Insisto una vez más, la justicia que viene por la fe en Jesucristo va más allá de la justicia de quienes se mueven en la perspectiva de la

antropología jurídica. La antropología del ciudadano del reino de Dios se basa en el amor gratuito de Dios que el Espíritu Santo no cesa de derramar en el corazón de los que se abren a él con sencillez de corazón.

### **III.- VIVIR «LA JUSTICIA DEL AMOR» EN LA SECULARIDAD**

El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables. Tiniebla y nube lo rodean, justicia y derecho sostienen su trono. / Los montes se derriten como cera ante el Señor, ante el Señor de toda la tierra; los cielos pregonan su justicia, | y todos los pueblos contemplan su gloria. / Amanece la luz para el justo, y la alegría para los rectos de corazón. Alegraos, justos, con el Señor, celebrad su santo nombre. (Sal 97 (96) 1-2.5-6.11-12)

Entre las muchas consecuencias que pueden extraerse de nuestro breve recorrido por la Biblia, me fijaré en unos puntos, significativos a mi juicio, para vivir «la justicia del amor» en nuestra condición de miembros de un Instituto Secular.

#### ***1.- La alegría de ser justos en el Señor***

Ante todo es muy importante de vivir con la conciencia de que «hemos llegado a ser justicia de Dios» en Cristo (cf. 2Cor 5, 21), por el amor del «Padre justo». Y esto, por tanto, nos llena de alegría y esperanza. Nuestra justicia no es la de la ley, sino la de la fe. Somos criaturas de la gracia. Junto a la alegría brota en nosotros el agradecimiento de personas agraciadas, así como la humildad, pues lo que somos, lo somos por gracia; pero al mismo tiempo este amor nos apremia a vivir plenamente para Cristo. «Porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todo murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven y no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos». (2Cor 5, 14-15) En Cristo somos una nueva criatura y, por tanto, la justicia para nosotros es vivir como nuevas criaturas en santidad y justicia en el mundo y a través del mundo. Dicho con otras palabras, en el mundo y a través del mundo estamos llamados a vivir la justicia de Dios, la que brota del amor apasionado de Dios tal como se ha revelado en su Hijo y el Espíritu derrama en nuestros corazones.

En este sentido se nos pide ir más allá de la justicia de orden jurídico y moral, esto es, de la justicia establecida por la ley o la costumbre. Santidad y justicia son inseparables. La justicia de Dios es la expresión de su amor y fidelidad. En consecuencia, estamos llamados a vivir la vida concreta desde el amor, que va más allá del deber y la exigencia propia de un buen profesional. ¡Vivamos como ciudadanos del cielo! La persona no puede quedar reducida a un ser de derechos y obligaciones, como lo presenta una cierta antropología jurídica o libertaria. Esto tiene sus consecuencias para la vivencia de una relación justa con Dios, con los otros, con lo creado y, por supuesto con nosotros mismos.

#### ***2.- Vivir ante el Padre que ve en lo secreto***

Jesús, en el sermón del Monte, nos pide vivir los tres pilares de la religión no ante los hombres, sino ante el Padre que ve en lo secreto. Esto supone vivir en la verdad ante los hombres y ante Dios, que ve el corazón y no las apariencias. Practicar la justicia, por tanto, es una cuestión de interioridad. No basta con dar limosna, orar y ayunar, es preciso

interrogarse cómo vivimos estos pilares de la religión, esto es, nuestra relación con Dios en lo concreto de la existencia.

Quien busca el aplauso de los hombres y el prestigio, debemos decírnoslo con claridad, es injusto para con Dios, pues no actúa como un verdadero discípulo y enviado del Señor. Somos un pueblo profético, sacerdotal y real. El profeta y apóstol no puede buscar agradar a los hombres. Pablo lo dice con meridiana claridad: «¿Busco la aprobación de los hombres, o la de Dios?, ¿o trato de agradar a los hombres? Si siguiera todavía agradando a los hombres, no sería siervo de Cristo». (Gal 1, 10) El sacerdote y el rey deben avanzar en la dependencia de Dios, buscando su gloria. Somos injustos cuando nos buscamos a nosotros mismos. La santidad y la justicia (la equidad) van juntos. El pecado y la injusticia (la iniquidad), también van juntos.

El Hijo fue justo llevando a cabo el designio del Padre, cumpliendo toda justicia en el amor. Puesto que queremos vivir la vida de Cristo, oigamos lo que él nos sigue diciendo a los discípulos:

El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará. Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero si por esto he venido, para esta hora: Padre, glorifica tu nombre». (Jn 12, 26-28)

No se trata de sustraerse al mundo, sino de vivir en el mundo, para glorificar al Padre justo como lo hiciera el Hijo. He ahí la relación justa con el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.

### ***3.- Vivir la justicia social desde el amor***

La justicia social, que todos deseamos y debemos promocionar en la ciudad terrena, puede ser reivindicada y propiciada desde bases muy diversas. No es lo mismo hacerlo desde la dinámica propia de la ideología o desde la dinámica del amor, esto es, desde la dinámica vivida por el siervo, que cargó con el pecado del mundo. En efecto, Jesús, el apóstol y sumo sacerdote de nuestra fe, se presenta en los evangelios como el Siervo, como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo cargando con los delitos y pecados, con la injusticia e iniquidad del mundo. Como consagrados en la secularidad estamos llamados a vivir un auténtico compromiso por la justicia social, pero no como los justicieros o los ideólogos de turno, sino como los siervos que luchan contra el pecado, para salvar al pecador. Es lo que hizo el verdaderamente justo al asumir nuestra carne semejante a la del pecado. El pueblo sacerdotal no debe olvidar que Jesús llegó a ser sacerdote a través de una obediencia filial al Padre, entre gritos y lágrimas, y una solidaridad y comunión con sus hermanos los hombres, para santificarlos de una vez para siempre con su oblación. «Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre». (Hb 10, 10)

El amor de Jesús, el Justo, es lúcido, comprometido, arriesgado y gratuito. Criticó con verdadera parresía a su generación, pero con amor hasta el extremo amó a todo hombre y mujer. Vivió la justicia «del Padre justo», con todas sus consecuencias. Era consciente de haber sido enviado para buscar a los que estaban «muertos y perdidos». Critico, pero no justiciero. Con su cruz destruyó el muro de la enemistad, haciendo de los dos un solo pueblo. El amor es creador de una nueva realidad. He aquí, a mi entender, la senda para trabajar en el cultivo de una justicia social, pero desde el amor. Los que dicen promover la



justicia desde la envidia y el odio, desde la imposición y absolutización de las mediaciones, desde una ideología determinada... etc. terminan reproduciendo lo que combaten. Así lo enseña la historia reciente y pasada. Pablo VI lo expresó en estos términos:

La Iglesia considera ciertamente importante y urgente la edificación de estructuras más humanas, más justas, más respetuosas de los derechos de la persona, menos opresivas y menos avasalladoras; pero es consciente de que aun las mejores estructuras, los sistemas más idealizados se convierten pronto en inhumanos si las inclinaciones inhumanas del hombre no son saneadas si no hay una conversión de corazón y de mente por parte de quienes viven en esas estructuras o las rigen. (EN 36)

La lógica del «ojo por ojo y diente por diente» no es todavía la lógica propia de la justicia del reino de Dios, la lógica del amor de Dios revelado en su Hijo. A los cristianos nos toca buscar el reino de Dios y su justicia por encima de todo. ¿No debe recordarlo así el carisma de la secularidad consagrada?

La Iglesia no puede aceptar la violencia, sobre todo la fuerza de las armas —incontrolable cuando se desata— ni la muerte de quienquiera que sea, como camino de liberación, porque sabe que la violencia engendra inexorablemente nuevas formas de opresión y de esclavitud, a veces más graves que aquellas de las que se pretende liberar. (EN 37)

#### **4.- La relación justa con lo creado**

La justicia de Dios exige de los hombres una relación justa con lo creado. Puesto que la tierra es don de Dios a la humanidad, no podemos disponer de ella de forma despótica. Es injusto e inicuo, como indica la Biblia, apropiarse el don de Dios; como lo es también el hecho de quien no trabaja honestamente para cultivar la tierra. El amor y la justicia no pueden disociarse. El amor se expresa en el compartir fraterno, pero también en la advertencia del Apóstol a los que andan muy ocupados en no hacer nada. Por ello decía que el no trabaje que no coma. Y es que la dignidad y vocación de la persona lleva consigo una verdadera ecología social.

El Papa Francisco en su encíclica *LAUDATO SI*, recuerda que todos debemos convertirnos, «del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto» en la tierra. «Hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla. La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes». Por ello recuerda el Papa:

El auténtico desarrollo humano posee un carácter moral y supone el pleno respeto a la persona humana, pero también debe prestar atención al mundo natural y «tener en cuenta la naturaleza de cada ser y su mutua conexión en un sistema ordenado». Por lo tanto, la capacidad de transformar la realidad que tiene el ser humano debe desarrollarse sobre la base de la donación originaria de las cosas por parte de Dios.

#### **5.- La relación justa con uno mismo**

Por último quiero recordar que la justicia nos obliga a vivirnos como un don de Dios, que no podemos disponer de nosotros mismos y de nuestras vidas. Somos criaturas del amor y esto no lo podemos olvidar en ningún momento

Una antropología de cuño jurídico se revela, en definitiva, como tremendamente injusta con relación a Dios y no menos con el resto de la humanidad. Justo consigo mismo es el

que se vive como un don de Dios para los demás. Y esto en todas las etapas de la existencia. Dios me da la vida y me da a los demás. He aquí un aspecto importante, que no podemos dejar de vivir y testimoniar en medio del mundo y a través de la estructuras sociales de nuestro mundo.

**En conclusión.** Para avanzar como siervos y siervas del Señor, escuchemos la palabra de Dios que nos sigue diciendo cómo estamos llamados a cultivar un corazón manso y humilde, pero al mismo tiempo discreto y tenaz, a fin de implantar el derecho y la justicia del amor en nuestro mundo. Escuchemos:

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera». (Mt 11, 28-30) «Mirad a mi siervo, mi elegido, mi amado, en quien me complazco. Sobre él pondré mi espíritu para que anuncie el derecho a las naciones. No porfiará, no gritará, nadie escuchará su voz por las calles. La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará, hasta llevar el derecho a la victoria; en su nombre esperarán las naciones». (Mt 12, 18-21; Is 42, 1-4; Ag 2, 23)